

EL ÍDOLO DE LAS BEATAS JUAN CHÁVEZ ENTRE LA HISTORIA, LA LEYENDA Y LA MEMORIA COLECTIVA

THE IDOL OF THE DEVOUT WOMEN
JUAN CHÁVEZ BETWEEN HISTORY, LEGEND, AND COLLECTIVE MEMORY

Medrano de Luna, Gabriel*
Universidad de Guanajuato
México

Resumen

Este artículo analiza la construcción histórica y cultural de la figura de Juan Chávez, personaje asociado al bandolerismo del siglo XIX en Aguascalientes, México. A partir del diálogo entre fuentes históricas, crónicas periodísticas, corridos populares y relatos de tradición oral, se examina el proceso mediante el cual un personaje histórico se transforma en una figura simbólica dentro de la memoria colectiva regional. La investigación se apoya en la noción de bandolerismo social desarrollada por Eric Hobsbawm, así como en enfoques provenientes de los estudios sobre memoria cultural y tradición oral. El análisis muestra que la permanencia de Juan Chávez en el imaginario regional no depende únicamente de los acontecimientos documentados de su vida, sino del proceso cultural mediante el cual la comunidad reinterpretó su historia y la integró a su patrimonio narrativo.

Palabras clave: bandolerismo social, tradición oral, memoria colectiva, corrido, cultura popular.

Abstract

This article analyzes the historical and cultural construction of Juan Chávez, a figure associated with nineteenth-century banditry in Aguascalientes, Mexico. Through the examination of historical sources, newspaper chronicles, folk ballads, and oral tradition narratives, the study explores how a historical character becomes a symbolic figure within regional collective memory. The research draws on Eric Hobsbawm's concept of social banditry and on perspectives from memory and oral tradition studies. The analysis suggests that the persistence of Juan Chávez in regional imagination is not based solely on documented events of his life but on the cultural processes through which communities reinterpret the past and incorporate it into their narrative heritage.

Keywords: social banditry, oral tradition, collective memory, folk ballads, popular culture.

*Sociólogo por la Universidad Autónoma de Aguascalientes, Maestro en Estudios Étnicos por El Colegio de Michoacán y Doctor en Ciencias Sociales por la misma institución. Se dedica al estudio de la cultura oral y popular, del folclore literario, el arte y la música popular mexicana y las danzas tradicionales de México; ha escrito distintos artículos y libros sobre estos temas. Actualmente es profesor-investigador de la Universidad de Guanajuato y miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores de la SECIHTI. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6466-1655>. E-mail: gmedranodeluna@hotmail.com. Agradezco el apoyo de la Universidad de Guanajuato, a través de la Convocatoria Institucional de Investigación Científica (CIIC) 2025 de la Dirección de Apoyo a la Investigación y al Posgrado. Asimismo, expreso mi profunda gratitud a la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación (Secihti), por sembrar la posibilidad de este trabajo mediante la Convocatoria Investigación Humanística 2025.

Recibido: 8/11/2025 / **Aceptado:** 1/04/2026

Introducción

El estudio de personajes históricos que posteriormente se transforman en figuras legendarias permite comprender la manera en que las sociedades elaboran su memoria cultural. En numerosos contextos históricos, determinados individuos han sido reinterpretados a través del relato oral, la literatura popular y la memoria colectiva hasta convertirse en símbolos que concentran valores, tensiones sociales o aspiraciones colectivas.

La figura de Juan Chávez constituye un ejemplo significativo dentro de la historia regional de Aguascalientes. Durante el siglo XIX su nombre aparece vinculado a episodios de bandolerismo que ocurrieron en un contexto social caracterizado por conflictos políticos, desigualdades económicas y transformaciones institucionales profundas. Sin embargo, más allá de los acontecimientos documentados, su figura adquirió con el tiempo una dimensión simbólica que la convirtió en protagonista de relatos legendarios y corridos populares.

El presente texto examina el proceso mediante el cual la memoria colectiva transforma un personaje histórico en una figura cultural. Para ello se consideran fuentes historiográficas, testimonios de la prensa decimonónica y expresiones de tradición oral. El análisis se apoya en el concepto de bandolerismo social propuesto por Eric Hobsbawm, así como en perspectivas provenientes de los estudios de memoria cultural que destacan el papel de la narración en la construcción del pasado.

El bandolerismo social

El bandolerismo no es privativo de un tiempo o una sociedad concreta, es un problema social padecido por la humanidad de todos los tiempos que muchas suele aparecer en sociedades agrícolas, alimentándose principalmente de núcleos campesinos que participaban de la inconformidad social y la pobreza.

Una figura central en el tema de las personas que “roban a los ricos para darle lo robado a los pobres” está representada en la tradición anglosajona por Robin Hood, a pesar de que muchas de las historias referidas a él pudieran ser producto de la fantasía. Lo que sí es importante es que a través de este personaje se forjó un ideal del bandolero como héroe popular, como señala Paul J. Vanderwood

Es probable que Robin Hood no haya vivido nunca salvo como ideal, pero pocos ponen en duda su capacidad de excitar la emoción y encender las pasiones, y si los pueblos reviven repentinamente a sus Robin Hoods, la imagen, a pesar de sus variantes, por lo general hallará eco en anhelos insatisfechos, -tal vez de justicia social, placer en lo imaginado u obtención de algo por nada. Tal vez los bandidos no propicien revoluciones (aunque a menudo se unan a ellas), pero sus hazañas, que la mirada pública elabora y adorna, reflejan los deseos y temores, e incluso los anhelos y obsesiones de las masas en general, así como sus mitos y fantasías, es decir, su cultura. Y acaso también funcionen como recordatorios de cuentas sociales no saldadas (Vanderwood, 1994, p.17).

Historias de bandoleros que roban a los ricos para dar a los pobres pueden encontrarse casi en todas las latitudes. El relato de Chucho “el Roto” en México es muy conocido y bajo una concepción similar, en Aguascalientes se considera a Juan Chávez como héroe-bandolero porque robar a los ricos para darle a los pobres es una de sus más grandes hazañas, además de lograr una identificación con la población de más bajos recursos económicos. Eric Hobsbawm en su libro de *Rebeldes primitivos* alude al bandido social, éstos eran personas que vivían en sociedades rurales del robo y el saqueo:

(...) en cierto sentido, el bandolerismo es una forma más bien primitiva de protesta social organizada, acaso la más primitiva que conocemos. En cualquier caso, en no pocas sociedades, lo ven así los pobres, que por lo mismo protegen

al bandolero, le consideran su defensor, le idealizan, y le convierten en un mito: Robín de los Bosques en Inglaterra, Janosik en Polonia y Eslovaquia, Diego Corrientes en Andalucía, que probablemente son todos ellos personajes que existieron y que han sufrido esta transfiguración. A su vez, el propio bandido trata de vivir conforme a su papel, aun cuando él mismo no sea un rebelde social consciente. Como es natural, Robín de los Bosques, el arquetipo del rebelde social, «que robaba al rico para dar al pobre y que nunca mató, salvo en legítima defensa o por justa venganza», no es el único personaje de esta clase. El «duro», que no está dispuesto a cargar con las cruces tradicionales que corresponden al estado llano en una sociedad de clases: la pobreza y la sumisión, puede librarse de ellas uniéndose a los opresores o sirviéndoles, tanto como alzándose en su contra (Hobsbawm, 1983, p. 27).

Paul Vanderwood alude también al carácter mítico del bandido:

Los bandidos no sólo son hombres; también son mitos. La rutina del forajido, su constante huida de la ley, la ocultación por tiempo indeterminado en escondites carentes de comodidades y el persistente temor a la traición de algún camarada, no parece impedir la admiración de que se les rodea. El modo de vivir de los bandoleros no podría considerarse bueno. Tampoco son muchos los bandidos afortunados en el amor; son gente solitaria, y sus pocos escritos resumen autocompasión. Con seguridad fueron muchos más los que murieron en forma violenta que los que fallecieron en su cama. Muchos fueron víctimas de socios desilusionados, codiciosos o desesperados que obtuvieron su libertad vendiendo a la policía los secretos de la pandilla. En pocas palabras, la vida de los bandidos es trágica, con frecuencia en la realidad y siempre en el mito, pero este trágico aspecto de su existencia da pábulo a su mito y les vale la inmortalidad (Vanderwood, 1984, p. 43).

Vanderwood asevera que los bandidos no sólo son hombres con una vida trágica, también son entes míticos que un cierto aspecto funesto de su existencia les confiere la inmortalidad. Considero que no todos los bandidos son figuras míticas; por lo general los héroes míticos son expuestos como seres sobrenaturales, asociados a situaciones mágicas y en ciertas ocasiones se alude a ellos para referirse al origen del mundo.

Para Hobsbawm, los referentes legendarios o míticos es un testimonio importante como fuente de información cuando se trata de describir al personaje, del papel que desempeña y los valores que asume como defensor de los pobres; de hecho, el autor señala que el bandido no es sólo un hombre, también un símbolo (Hobsbawm, 2001, p. 150).

Juan Chávez llegó a ser un personaje reconocido y a través de los años se ha mantenido como símbolo de identidad de quien en la actualidad desea, por así decirlo, su regreso para seguir combatiendo la injusticia, para castigar a los injustos y recompensar a los justos, como lo señala Vanderwood:

No es de extrañar que los gobiernos se sientan a tal grado amedrentados por la idea del bandidaje, especialmente cuando ésta ha echado raíz en esa variedad de inspiración religiosa que suele representarse un mundo enteramente nuevo por venir, el cual despoja al gobierno de su poder, para depositarlo en manos de aquellos sobre quienes el Estado pretendió ejercer su dominio. Pues justo detrás de esa misma idea acecha un impaciente héroe cultural: el rey justiciero que de antiguo había sido anunciado (acaso un soberano secular o un mesías), el cual habría de poner las cosas en orden, castigando a los malvados y premiando a los justos. No se trata aquí de una esperanza ingenua ni mucho menos; para muchos es una promesa indudable y su cumplimiento es sólo cuestión de tiempo. Tal vez la idea de bandidaje no anuncie el momento de este cambio, pero puede dar vigor a la idea de él (Vanderwood, 1994, p. 135).

Una de las consecuencias que pudiera traer la marginación social es la creación de un bandolero que a través de sus actos muchas veces llega a convertirse en ídolo popular. En un contexto sociohistórico donde pervivía la marginación social fue que surge la figura de Juan Chávez como bandolero, es por ello que se podría aseverar que no fue un fenómeno aislado ni tampoco producto de la casualidad sino propio de las circunstancias. Algo propio de este personaje afín a otros muchos bandidos es que desafiaban a la autoridad e imponían su voluntad:

Juan Chávez, el más famoso y temido de los bandidos que hubo en Aguascalientes, burlaba con facilidad a las fuerzas encargadas de perseguirlo, se movía con una rapidez asombrosa y consumaba sus fechorías en una amplia región que incluía Calvillo y todas las haciendas situadas al sur de la ciudad de Aguascalientes, hasta Teocaltiche (Gómez, 2000, p. 213).¹

En diversas partes del mundo existían bandidos con características similares a las que se le atribuían a Juan Chávez:

En la montaña y los bosques bandas de hombres fuera del alcance de la ley y la autoridad (tradicionalmente las mujeres son raras), violentos y armados, imponen su voluntad mediante la extorsión, el robo y otros procedimientos a sus víctimas. De esta manera, al desafiar a los que tienen o reivindican el poder, la ley y el control de los recursos, el bandolerismo desafía simultáneamente al orden económico, social y político. Este es el significado histórico del bandolerismo en las sociedades con divisiones de clase y estados (Hobsbawm, 2001, p. 19).

En este tipo de sociedades el bandolerismo fue un problema muy grande; para el caso de Aguascalientes se acrecentó

en la segunda mitad del siglo XIX por la lucha entre liberales y conservadores. Para Hobsbawm “desde el punto de vista de la ley, quienquiera que pertenezca a un grupo de hombres que ataque y robe usando la violencia es un bandido, tanto si arrebató de un tirón el sueldo de un obrero en la esquina de una calle como si pertenece a un grupo organizado de insurgentes o guerrilleros que no están oficialmente reconocidos como tales” (Hobsbawm, 2001, p. 32). Este autor señala que no debiera generalizarse porque los bandoleros tienen características más peculiares y básicamente es un fenómeno que surge del campesinado

Los nobles bandidos (más conocidos en su forma de «caballeros ladrones» de la Baja Edad Media alemana) quedan mucho más próximos de los campesinos [...]. Lo esencial de los bandoleros sociales es que son campesinos fuera de la ley, a los que el señor y el estado consideran criminales, pero que permanecen dentro de la sociedad campesina y son considerados por su gente como héroes, paladines, vengadores, luchadores por la justicia, a veces incluso líderes de la liberación, y en cualquier caso como personas a las que admirar, ayudar y apoyar. Es esta relación entre el campesino corriente y el rebelde la que confiere su interés y significado al bandolerismo social (Hobsbawm, 2001, p. 33).

Para el caso de Juan Chávez, quien además de ser hijo bastardo y crecer en un contexto social de mediados del siglo XIX en Aguascalientes donde la situación era deplorable y atestada de maltratos. Quizá esa sea una de las razones del por qué decidió convertirse en bandolero, es decir, no fue obra de la casualidad sino producto de las circunstancias.

Cabría precisar que sobre los acontecimientos históricos que hay detrás de Juan Chávez, se construyeron diversas narraciones populares como leyendas y corridos que a través del tiempo se le fueron añadiendo nuevos aspectos legendarios

¹Para ahonda más véase Vicente Ribes Iborra, “El bandolerismo en el centro de México durante la Reforma”, en: Quinto Centenario, Revista Complutense de Historia de América, Volumen 7, 1984, Universidad Complutense de Madrid, pp. 141 - 160. <http://revistas.ucm.es/index.php/QUCE/article/view/QUCE8484110141A>.

hechos por los nuevos receptores dando por como resultado nuevas versiones aceptadas como verdaderas; logrando que las historias referidas a Juan Chávez sean una de las que más se relatan actualmente en Aguascalientes.

Eric Hobsbawm señala que los bandidos competen a la historia recordada, que es distinta a la historia oficial, de ahí que en la actualidad las narraciones de bandidos sigan siendo atractivas para las personas, tal como sucede con las diversas leyendas que se han creado en torno a Juan Chávez.

Los bandidos pertenecen a la historia recordada, que es distinta de la historia oficial de los libros. Son parte de esa historia que no consiste tanto en un registro de acontecimientos y de los personajes que los protagonizaron, cuanto en los símbolos de los factores -teóricamente determinables, pero aún no determinados- que configuran el mundo de los pobres: de los reyes justos y de los hombres que llevan la justicia al pueblo. Ésta es la razón por la cual las leyendas de bandidos aún tienen capacidad para emocionarnos (Hobsbawm, 2001, p. 156).

Y esa también es la razón de escribir este libro, para que los acontecimientos y correrías de nuestro personaje sigan siendo parte de la historia recordada; prueba de ello que, en Aguascalientes, Juan Chávez es el personaje de mayor arraigo popular y una de las leyendas más contadas.

Las narraciones en torno a Juan Chávez son parte de la historia recordada y gracias a ello han perdurado los ideales por los que luchaba, como lo indica Hobsbawm:

Tan sólo perduran los ideales por los que lucharon, y por los que hombres y mujeres compusieron coplas acerca de ellos, las cuales siguen manteniendo viva, en torno de la chimenea hogareña, la visión de la sociedad justa, cuyos defensores son, valientes y nobles cual águilas, veloces como corzos, los hijos de las montañas y de los bosques frondosos (Hobsbawm, 1983, p. 50).

Adentrémonos al texto, esperando que usted, cordial lector, sea receptor de la tradición oral en torno a la figura de Juan Chávez. Recordemos que en la medida en que un grupo social cualquiera vuelve la cara a sus tradiciones orales y les confiere tanta importancia como a sus tradiciones escritas, se va conociendo a sí mismo y, por ende, avanza en la comprensión de sus necesidades y expectativas sociales y culturales.

Breve contexto sociohistórico del Aguascalientes del siglo XIX

El Departamento de Aguascalientes se formó con el territorio del antiguo partido del mismo nombre. En el año de 1837 poseía 400 leguas cuadradas situadas en el centro-norte del país, entre los departamentos de Jalisco, Zacatecas y San Luis Potosí. La región agrícola más importante se encontraba en el norte de la capital; este valle estaba regado por el río San Pedro razón importante para que allí se establecieran las haciendas de la localidad. Al norte del departamento por el rumbo de Asientos y Tepezalá, se ubicaban depósitos de plata y cobre explotados desde el siglo XVI. Al poniente, por Calvillo, se encontraba una región montañosa de clima cálido en donde se cultivaban huertas frutales incluyendo algunas especies tropicales como el tabaco.

Por aquella época, el departamento contaba con una sola ciudad, la capital Aguascalientes, un Pueblo: Rincón de Romos, dos Reales de minas: Asientos y Tepezalá, una Villa: Calvillo y dos Pueblos de Indios: Jesús María y San José de Gracia. Esta división refleja la preeminencia de las actividades agrícolas ya que casi el 59% de la población vivía en los ranchos y haciendas de la jurisdicción.

En ese mismo año, el departamento de Aguascalientes contaba con 37 haciendas en su mayoría situadas en el partido de la capital y algunas en Rincón de Romos. Había haciendas de más de 30 mil hectáreas como las de Pabellón y El Saucillo; otras con 15 a 20 mil hectáreas de extensión como las de

Cañada Honda, Santa María, San José de Guadalupe, San Bartolo y Ciénega Grande. También había fincas más pequeñas de 4 a 5 mil hectáreas como las de San Lorenzo, Ojocaliente y El Tule; el grupo menos numeroso se formaba con otras propiedades de apenas más de mil hectáreas como por ejemplo el rancho de Chicalote. Las más importantes del estado fueron las De Pabellón, San Jacinto, Santiago y El Saucillo en Rincón de Romos; las de Peñuelas, Cañada Honda, Cieneguilla, Jaltomate, San Bartolo, Santa María, San José de Guadalupe, Palo Alto, Santa Inés y Montoro en Aguascalientes; Ciénega Grande y Pilotos en Asientos y La Labor en Calvillo.

Las haciendas concentraban a una buena parte de la población, en las más grandes e importantes, la vida de sus habitantes se organizaba igual que un pueblo o una villa, había iglesia, herrería, molino, tienda de raya, fragua y carpintería; en algunas, la voz del amo era la ley por encima de las autoridades políticas. Los sistemas de trabajo en las haciendas eran por lo general, la mediería, el arrendamiento y el peonaje; las tierras eran propiedad del patrón y para él se trabajaban las mejores tierras que disponían de agua de riego, a los arrendadores se les dejaban las tierras restantes. A los medieros se dejaban las tierras ya abiertas al cultivo que contaban regularmente con agua pero que por alguna razón no entraban en los planes del patrón. En las tierras del patrón trabajaban los peones acasillados o permanentes y en ocasión de las cosechas cuando se necesitaba mayor cantidad de mano de obra, se contrataban también peones eventuales (Gómez, 1994, p.p. 79-82).

Aunado al auge de la vida rural, el desarrollo urbano de la capital del departamento era uno de los más grandes orgullos de los aguascalentenses. Nombrada ciudad en octubre de 1824 por título concedido gracias al Congreso de Zacatecas. En 1837 la población de la nueva ciudad calculó en 19600 habitantes, el 28.4 % del total de la población del departamento. Aunque el

trazo de la ciudad era irregular y sus calles carentes de líneas rectas, pronto se comenzó la construcción de calles abiertas en los dos extremos, empedradas y niveladas con buenas banquetas e iluminación nocturna. Once plazas públicas adornaban la ciudad y permitían la reunión de decentes parroquianos, las más importantes eran la plaza mayor ubicada frente a la Parroquia, la del Encino, la de San Juan de Dios, la de Guadalupe y la de San Marcos. Los edificios públicos de mayor relieve eran el Palacio municipal y el Parían, centro comercial construido entre 1828 y 1830 en donde se daban cita los paseantes y compradores.

La ciudad se abastecía de agua con los manantiales de Ojocaliente y con la presa del Cedazo, además de contar con un tramo de cañería subterránea de más de cinco mil varas. Al norte había otro tanque de regulares dimensiones que abastecía a las huertas además de servir como lugar de paseo. La ciudad contaba con una cárcel dependiente del ayuntamiento, con un hospital de pobres y 13 iglesias entre las que destacaban por ser las más visitadas las de San Juan de Dios, de San Marcos y la Tercera orden, además de la del Encino que se comenzaba a distinguir por su Cristo Negro cuyo carácter milagroso se encargaron de difundir los habitantes de ese barrio (Gómez, 1994, p.p. 84-85).

Este fue el contexto de la ciudad en que Juan Chávez hizo sus correrías, donde la situación era lamentable y colmada de maltratos. Probablemente ese contexto propició del por qué Juan Chávez decidió convertirse en bandolero, es decir, no fue obra de la casualidad sino producto de las circunstancias.

Juan Chávez: el ídolo de las beatas

Como ya se señaló anteriormente, el bandolerismo no es característica de un tiempo o una sociedad concreta, es un problema social padecido por la humanidad de todos los tiempos. El contexto social en que surge Juan Chávez fue posterior al final de la

Guerra de los Tres Años librada entre liberales y conservadores; el caso de este personaje no fue un fenómeno aislado ni tampoco producto de la casualidad, lo que aquí se dio fue un caso que suele aparecer en sociedades agrícolas, alimentándose principalmente de núcleos campesinos que participaban de la inconformidad social y la pobreza; al mismo tiempo de falta de empleos e inadecuación de las leyes vigentes del siglo XIX.

Apodado *el ídolo de las beatas* por la prensa liberal, Juan Chávez nació en los primeros años de la década de 1830, en la Hacienda de Peñuelas que está a unos cuantos kilómetros de la ciudad de Aguascalientes. Sobre la vida de Juan Chávez no se supo gran cosa hasta el momento en que se dedicó al bandolerismo; tampoco se sabe la identidad de su padre, aunque se supone fue hijo natural de Ignacia Chávez y Juan Dávalos, dueño de la hacienda de Peñuelas por aquel entonces.

En la concepción moral de aquella época entre ser un hijo bastardo y un marginado o resentido social solo había un paso, por eso se ha dicho que el inicio de Juan Chávez como bandolero no es obra de la casualidad sino producto de las circunstancias. Otro factor que puede considerarse como detonante para la decisión de convertirse en bandolero refiere a la situación vivida por la sociedad rural y campesina de mediados del siglo XIX en nuestro estado; contrariamente a la idea general de que las condiciones de vida en todas las haciendas del país era deplorable y repleta de vejaciones, la vida en una gran parte de éstas no era del todo nefasta para sus peones, de hecho, en muchos lugares la gente prefería vivir como peón acasillado bajo la tutela del patrón, con la facilidad de acceso a la tienda de raya y teniendo además un pedazo de tierra para cultivar, que vivir en la marginalidad al no poseer más que un poco de terreno cuya producción apenas daba para comer, quedando además a merced de incursiones de bandoleros sin la protección de la “gente de la hacienda”. Además, ni todos los patrones eran gente maldita acostumbrada

a la vejación de sus subordinados ni todos los subordinados eran cándidos corderos viviendo a expensas del amo; para situarse en el contexto de la época de Chávez es necesario considerar los matices que antaño como ahora, recubren las diferencias sociales.

La carrera de bandolero de Juan Chávez comenzó cuando aún no cumplía los 30 años, llegando a ser el más notable de los bandidos o “gavilleros” de Aguascalientes en la década de los años sesenta del siglo XIX.

Se ignora cuando el momento exacto en que Juan Chávez se inició como bandido profesional; se sabe tan sólo que su fama comenzó a correr durante la Guerra de Reforma. En el año de 1860 se escuchó sobre sus primeros asaltos en los límites de Aguascalientes con Zacatecas y San Luis Potosí, razón por la cual el gobierno se vio obligado a desmontar ciertos parajes para perseguirlo sin éxito.

En esos años, los bandoleros constituían un apoyo a las fuerzas armadas en la lucha entre liberales y conservadores; esto se vio reflejado a principios de 1862 cuando cambió la respuesta del gobierno conservador a las actividades delictivas de Juan Chávez quien solicitó una amnistía a cambio de permanecer pacíficamente y prestar sus servicios en la guerra extranjera que amenazaba por aquel entonces a la república, tal cual lo documentó el periódico *El Porvenir* en febrero de aquel año:

D. Juan Chavez se ha acogido á la gracia de amnistía concedida por la ley general del 29 de Noviembre del año próximo pasado. El Gobierno del Estado [...] ha pasado al Ministerio respectivo la solicitud del espresado Chavez. En ella ofrece el agraciado permanecer pacíficamente en el hogar doméstico y prestar sus servicios a la guerra extranjera que amenaza á la República, porque (son sus palabras) es mexicano antes que partidario (*El Porvenir*, 6 de febrero de 1862).

El gobierno aceptó y para marzo del mismo año Juan Chávez se convirtió en un caza bandidos. En un comunicado de septiembre del mismo año, el Supremo Gobierno del Estado le nombraba comandante, ordenándole que juntara hombres para explorar el “Cerro del Gallo” y todos los lugares donde se pudieran esconder los bandidos; esta tarea no duró mucho ya que Juan Chávez volvió a las andadas saqueando y quemando parte del archivo municipal. En el año de 1863 Juan Chávez se unió a las tropas de los conservadores y franceses; durante los meses de febrero y marzo se dedicaron a planear la toma de la ciudad; objetivo logrado en abril por cruentos medios al saquear y quemar gran parte de las tiendas del Parián y muchas casas de la ciudad, esa fue la fechoría más atroz que Juan Chávez cometió. Agustín R. González, miembro político del partido liberal en aquellos años escribía:

Los facinerosos saqueaban e incendiaban al grito de ¡Viva la Religión! La mayor parte de las tiendas del Parián fueron completamente robadas a la luz del incendio, desapareciendo así grandes y modestos capitales. [...] El gobierno sólo podía defender la parte muy pequeña de la ciudad encerrada dentro de las fortificaciones, ayudado por algunos vecinos (González, 1992, p. 279).

La prensa oficial publicó sobre ese hecho particular, un mensaje dirigido a las tropas bajo el mando de José María Chávez, gobernador y comandante militar del estado de Aguascalientes en esos años, el cual hacía un llamado a los soldados para atrapar a Chávez:

Soldados! Habeis merecido bien de la patria. Ni el número, ni la arrogancia de los traidores que acaudillan Larrumbide y Chavez, infundieron miedo en vuestras almas heroicas. La prolongada y porfiada lucha que habeis sostenido contra esos bandoleros, forma un timbre más de gloria en vuestra carrera militar, que ayer y hoy habeis sostenido con el brillo propio de los soldados de Aguascalientes. Los bandidos han huido á pesar de ser cuatro veces mas que

vosotros, porque conocieron vuestro denuesto, vuestro valor y vuestro amor á la libertad (*La Revista*, 16 de abril de 1863).

Pero Juan Chávez no fue atrapado, continuó con su actividad de bandolero tanto en Aguascalientes como en algunas zonas de los estados de Jalisco y Zacatecas; en el mismo lapso, en la ciudad de Aguascalientes continuaba la lucha entre liberales y conservadores para quitar el poder a éstos últimos. En noviembre de 1863 Larrumbide junto con Chávez y una gavilla de aproximadamente 600 hombres volvieron a atacar la ciudad, sólo que esta vez el gobernador liberal José María Chávez, apoyado por el pueblo y varios empleados y funcionarios de gobierno logró poner en fuga a los bandidos, la prensa oficial, al tanto de los acontecimientos informaba:

Los bandidos han atacado á esta ciudad por espacio de setenta y dos horas, desde las once de la mañana del día 11 hasta las once de la mañana del día 14, hora en que se pusieron en precipitada fuga por los ciudadanos armados que han contribuido á la defensa de la ciudad. [...] A las diez de la mañana del día 14 se mandó á dar un repique a vuelo en todos los templos y victorear á la libertad y la independencia, vista la impotencia y ridícula tentativa de los bandoleros, y éstos, alarmados por tal manifestación y por la salida simultánea de muchos particulares y soldados, se desmoralizaron retirándose en distintas direcciones en el mayor desorden (*La Revista*, 19 de noviembre de 1863).

La huida de Juan Chávez y las tropas conservadoras no duró mucho tiempo ya que regresaron decididos a tomar la ciudad; así fue como Aguascalientes fue ocupada por el ejército francés que la entregó al general francés Aquiles Bazaine el 21 de diciembre de 1863. Bazaine ocupó Aguascalientes junto con Juan Chávez quien tenía el cargo de Coronel Auxiliar del ejército intervencionista.

Cuando Bazaine se retiró de la ciudad, dejó a Juan Chávez como Gobernador del

Estado, cargo que ocupó del 21 de diciembre de 1863 a los últimos días de febrero de 1864 debido a que en esos días regresaron nuevamente los franceses a la ciudad para quitarle el cargo del mando como jefe político y militar².

Aunque Juan Chávez siguió cooperando con el ejército francés durante los años del imperio de Maximiliano, al poco tiempo se le fue relegando de todo puesto político. Finalmente regresó a la vida de bandolero y para el año de 1868 el entonces gobernador de Aguascalientes, Jesús Gómez Portugal ordenó perseguirlo de nuevo.

La muerte de Chávez no quedó en manos de la justicia, sino que fue asesinado por dos de sus compañeros que se habían puesto de acuerdo para vengarse juntos de ciertas ofensas de Juan Chávez; para ello, los asesinos aprovecharon el cansancio que llevaba su jefe, después de tres días de no dormir, y cuando cayó en profundo sueño, lo traspasaron con dos lanzas, clavándolo materialmente contra el suelo donde dormía; eso ocurrió el 15 de febrero de 1869.

El bandolerismo en Aguascalientes, como en otros lados, no es característico de un tiempo o una sociedad concreta, es un problema social padecido por la humanidad de todos los tiempos. El caso de Juan Chávez no fue un fenómeno aislado ni tampoco producto de la casualidad, lo que aquí se dio fue un caso que suele aparecer en sociedades agrícolas, alimentándose principalmente de núcleos campesinos que participaban de la inconformidad social y la pobreza; al mismo tiempo de falta de empleos e inadecuación de las leyes vigentes del siglo XIX.

Calificar a Juan Chávez como un bandolero que puede quedarse como tal o ascender al rango de héroe, quedará en manos del pueblo que finalmente, es quien ha hecho de este personaje una leyenda al mantenerlo

vivo en su memoria y seguir narrando las historias en torno a este personaje.

Prensa, opinión pública y construcción de la fama

Sobre el fondo histórico que hay detrás de Juan Chávez, se construyó una forma narrativa propia de la leyenda la cual con el tiempo y las anexiones hechas por los nuevos receptores fue estilizando sus rasgos al grado de aparecer elementos totalmente fantásticos, lo cual no influyó ni un ápice en la difusión de la leyenda en Aguascalientes, siendo por el contrario, una versión aceptada como verdadera tal como lo muestran algunos testimonios escritos y orales en donde se narra el desarrollo de nuestro personaje a través de la visión de diferentes épocas.

Es interesante observar el punto de vista de la prensa oficial sobre las primeras andanzas de Juan Chávez:

En sus invasiones á los pueblos indefensos que se hallan cerca de Salinas donde han establecido su cuartel, están cometiendo hechos de inaudita barbarie; el bandido Juan Chavez llegó al Carro y despechado porque una pequeña avanzada de la División de Zacatecas, le hizo algunos prisioneros y muertos, cebó su enojo en los Sres. D. Antonio Berúmen, D. Leandro Esparza y otros dependientes á quienes golpeó y maltrató, llevándolos presos á Salinas. Ya comprenderán los conservadores, los adictos a las garantías, lo que tienen que esperar de sus correligionarios y el orden que se les espera, si según sus llegarán a triunfar (*El Porvenir*, 11 de marzo de 1860).

Aquí se observa cómo Juan Chávez inicia su carrera de bandido y también como comienza a ganar la atención de las autoridades de aquella época. En la breve nota periodística se advierte de las consecuencias para la sociedad si no se toma preso o castiga al bandido. Pero ni se le apresaa ni se le castiga, Chávez continúa de bandolero, acrecentando su fama, además, como “ídolo de beatas” y héroe de estas:

²Para ahondar más véase *Archivalia: Juan Chávez*, Año I # 2, Octubre 1994, Publicación Bimestral del Archivo Histórico, Gobierno del estado de Aguascalientes.

El bandido Juan Chavez, adalid de los conservadores, ídolo de las beatas, está como la zorra de la fábula, mártir de deseo de ocupar ésta plaza; pero es demasiado impotente para tal empresa, y solo es fuerte con los pasajeros inermes que roba desmesuradamente. La esperanza de las beatas, si se cifra en él, debe extinguirse, porque su héroe debe recordar la madrugada del día 2 en que huyó aturdido y debe obrar con tan triste experiencia (*El Porvenir*, 29 de abril de 1860).

Corre el año de 1860 y la guerra entre liberales y conservadores continuaba; la situación para los grupos campesinos era precaria, como consecuencia las oportunidades de mejorar sus condiciones de vida, mínimas. ¿Acaso no era una buena coyuntura para formar parte de la gavilla de Juan Chávez? las versiones que mencionan su escape final son reiterativas, lo cual le confiere un dejo de astucia al personaje. Posiblemente este bandido pudo mandar a más de una partida de gavilleros que atacaran a un mismo tiempo en distintos lugares, logrando que la gente se despistara, achacando a Juan Chávez la responsabilidad por todos los asaltos ocurridos, tal vez de ahí provenga la idea del escape fabuloso que incluye en algunas versiones el don de ubicuidad. Sus grandes dotes para huir con astucia le ganaron simpatía de la gente que alababa su inteligencia para burlar a sus captores. La prensa oficial contribuyó con esta exaltación al enfatizar sus escapes:

El bandido Juan Chavez - Ha vuelto á aparecer con una gavilla considerable por el Poniente del Estado. Creemos que tiene fiadores, y sería bueno que á espensas de ellos se hiciera al bandido Chavez una persecución tenáz hasta exterminarlo. Ayer salió con cien hombres de caballería el C. Coronel José María Martínez Valdez, con objeto de escarmentarlo y segun sabemos huyó como acostumbra el bandolero referido (*El Porvenir*, 24 de octubre de 1861). Ultimamente el mismo C. gobernador ha salido a combinar con el C. gefe político de Lagos, persecución de Juan

Chavez quien se escapó disolviendo su gavilla (*El Porvenir*, 31 de octubre de 1861).

En otros textos se muestran algunos aspectos que años más tarde se convirtieron en rasgos importantes para darle carácter fabuloso a la historia. Tal es el caso de los bienes materiales que Chávez acumulaba como botín por los diversos asaltos cometidos; el conocer la existencia de esas riquezas dio pie a la especulación en cuanto a valor y cantidades, los diarios de la época narraron que en una de las persecuciones al bandido, una amante delató el sitio donde Chávez guardaba su “tesoro”: “...Una que había sido amasia del mismo Chávez denunció a Rojas el lugar donde aquél tenía ocultos algunos objetos valiosos, fruto del crimen, los que Rojas tomó y llevó consigo, y regresó a Jalisco sin haber hecho nada en pro de la paz de Aguascalientes” (González, 1992, p. 281).

En la actualidad, cuando la gente de Aguascalientes habla de aquellos objetos valiosos, refieren a que aún están dentro de las cuevas que existen en el subsuelo de la ciudad capital, exaltando elementos como la cantidad del oro y la riqueza del botín que van matizando a la historia con tintes de leyenda. Tales elementos fantásticos remiten a la estructura narrativa de los cuentos de hadas:

- Existe un tesoro dentro de una cueva.
 - Para introducirse sólo hay un día específico, ya sea viernes o jueves santo.
 - La oportunidad para entrar a buscarlo se brinda a cualquier persona bajo la condición que quién lo encuentre se lleve *todo o nada*
- Esas pautas muestran el paso de un hecho perteneciente a la esfera histórica, a la esfera de la leyenda. En el relato de Juan Chávez se observan las mismas pautas de la estructura narrativa de los cuentos de hadas, agregando el hecho de la puerta de la cueva funge como guardiana, vigilante que se activa cuando alguien entra para cuidar que se lleven todo y si no pueden, entonces no se lleven nada.

En la historia oral de nuestro estado es notable la narración del tesoro en la cueva; en la memoria colectiva de los aguascalentenses existen dos rasgos con los que se identifica a Juan Chávez, primeramente, como un bandolero y enseguida la historia de las cuevas.

En un libro escrito en 1937 por Eduardo J. Correa, se hace una corta mención sobre Juan Chávez presentándolo como un héroe equiparable al Cid campeador: “Juan Chávez había sido asesinado hacía tiempo, pero, como el Cid, seguía viviendo. Era un símbolo. [...] Se aisló a vivir en una cueva desde donde pedía a los hacendados una res o un borrego, cuando los necesitaba (Correa, 1992, p. 26).

Correa hace referencia a que Chávez vivía en una cueva, no se han encontrado otras referencias para asegurarlo o mostrar lo contrario; esconderse en las cuevas es un rasgo que se presenta en las acciones de varios bandoleros ya que la mayoría de los bandidos escogen lugares inaccesibles para permanecer fuera del alcance de la justicia.

En 1969, el entonces historiador y cronista del estado de Aguascalientes, Alejandro Topete del Valle, escribió un artículo con motivo del centenario del asesinato de Juan Chávez; en ese escrito sitúa a Juan Chávez como un personaje de leyenda:

La imaginación popular lo ha convertido en leyenda, ya en héroe o en o en facineroso de leyenda, pero en realidad, es todo un personaje histórico cuyas hazañas o fechorías, dan abundante material para un maravilloso libro.

Bandolero y asesino, al servicio del partido conservador; Coronel en las filas imperialistas del rubio Archiduque Maximiliano y gobernante de Aguascalientes, impuesto por el General francés Francisco Aquiles Bazaine, del 21 de diciembre de 1863 a los últimos días de febrero de 1864, Juan Chávez, a nuestro juicio, no fue sino un simple instrumento de intereses e ideologías de familiares y patrones [...]

Sobre el siniestro fin de Juan Chávez, se han bordado innumerables leyendas. Yo acojo como más válida o verosímil, la versión tradicional [...] [que] dos de sus últimos compañeros de correrías, que le servían de asistentes, se pusieron de acuerdo para asesinarlo y vengar así personales agravios (*El Sol del Centro*, 15 de febrero de 1969).

Las narraciones sobre la muerte de Juan Chávez continúan en la actualidad, en la tradición oral no se encuentra una referencia exacta sobre su muerte, si sucumbió a manos de sus dos secuaces, si a manos de la justicia o si sigue vivo; para otros más, este relato es pura fantasía.

Una característica que suelen tener muchas leyendas es la presencia de modelos típicos de héroes-bandolero que roba a los ricos para darle a los pobres como por caso, Robin Hood. Historias de este corte pueden encontrarse casi en todas las latitudes; en México, por ejemplo, el relato de Chucho “el Roto” es sumamente conocido.

Bajo una concepción similar, en Aguascalientes se considera a Juan Chávez como héroe-bandolero lo cual es un rasgo importante para definirlo como héroe legendario y no mítico ya que el robar para los pobres no es un resorte social ni tampoco pertenece a la esfera sagrada.

Robar a los ricos para darle a los pobres es una de sus más grandes hazañas, además de lograr una identificación con la población de más bajos recursos económicos, le fue ganando la simpatía de mucha gente a través del tiempo hasta la actualidad, reconocimiento que también se reveló en las composiciones líricas que evidencia cómo un héroe de leyenda o un héroe mítico se van arraigando en la memoria colectiva de un pueblo. En el caso de México muchos sucesos o hazañas de personajes famosos se anclaron en la memoria de los pueblos en un tipo especial de composición musical denominada corrido.

En la mayoría de los casos, el corrido va agregando elementos o características a los

acontecimientos o hazañas de los personajes, exaltando o sobajando aquellos rasgos que la sociedad de la época en que surge el corrido no juzga acertados o benéficos. Los corridos sobre la figura de Juan Chávez han logrado trascender las fronteras del tiempo para encontrar arraigo en la memoria colectiva de sus habitantes.

En Aguascalientes se mantienen vigentes algunas versiones de corridos en donde la figura de nuestro personaje juega el rol central, citemos alguna estrofa:

Corrido de Juan Chávez

Agustín Rodríguez Silva

Voy a cantar un corrido
que causará sensación
de un hombre muy afamado
en todita la región.

Es la historia de Juan Chávez
temido por muchas gentes;
fue guerrillero y bandido;
gobernó en Aguascalientes.
[...]

Aguascalientes, Ags., 27 de agosto de
1952. (Archivalia, 1994, p.p. 11-12).

Juan Chávez

L. y M. Gutý Gutiérrez

Voy a cantar un corrido
entre verdes pastizales,
de un famoso bandolero
que se llamaba Juan Chávez.

Año de mil ochocientos
sesenta por si no sabes,
empezó sus correrías
entre pueblos y ciudades.
(Aries, 1993, p.18).

La pervivencia de los corridos de Juan Chávez nos habla de la importancia que la gente aguascalentense ha otorgado a este personaje para transformarlo en legado para las futuras generaciones, es decir, considerándolo parte de su patrimonio cultural.

Como parte del patrimonio mencionado, también podemos encontrar otras leyendas propias de Aguascalientes en donde Juan Chávez como personaje principal se

transforma en un legado a transmitir o lo que es igual, se convierte en una tradición. En estos relatos se cuentan las hazañas y características principales de bandolero. Por ejemplo, la siguiente versión:

Juan Chávez

Hablando de Aguascalientes, no se puede dejar de recordar a Juan Chávez. Para los liberales, un bandido y para los conservadores, un paladín. El hecho es que para el pueblo era un temido matón que con sus hazañas horrorizaba a las gentes, convirtiéndose después en un hombre de leyenda que ha pasado la historia.

Este personaje nació en la hacienda de Peñuelas, en 1831, siendo hijo natural de Don Juan Dávalos, un hombre rico y muy conocido, en el estado por ser uno de los grandes conservadores militantes, que no solo estaba con la causa, sino que ayudaba económicamente a su partido.

Su madre era una humilde campesina llamada Ignacia Chávez, hija de un peón de esa finca, la que no era de mal vez, siendo este muchacho producto de una travesura de Don Juan Dávalos. Desde que el joven tuvo conciencia, supo que su padre era Juan Dávalos que aunque nunca reconoció, este respetaba su nombre, no obstante que su madre le dio su propio apellido: Chávez

Juan Chávez, no solo heredó el físico de su padre, un hombre alto, de ojos claros, erguido, de gran personalidad, aunque moreno y mirada de maldito, como su madre sino también las convicciones conservadoras de su progenitor.

Aunque Juan Chávez no tuvo estudios, tenía una inteligencia natural y una intuición que alternaba con quien se le ponía enfrente, dándole verdadera cátedra en el tema que se le tratara. Abrazó la causa conservadora y sus hazañas en toda nuestra región durante las guerras de Reforma y el Segundo Imperio (1857 a 1869) lo convirtieron en un personaje de leyenda, que perdura hasta nuestros días.

Era un hombre valiente, “atravesado”, y reconocido por ser intrépido y decidido.

Se cuenta que el Emperador Fernando Maximiliano de Hamburgo le mando regalar una espada en reconocimiento a su valor.

Asimismo, él fue el que sustituyó a Don José María Chávez al nombrarlo como Prefecto Político de Aguascalientes, encargado interino de los mandos políticos y militares del Estado en diciembre de 1863, el Mariscal Bazaine, comandante General del Ejército Francés, del Partido Conservador. Al triunfo del liberalismo, Juan Chávez fue perseguido por los vencedores. El hombre, ya casado con doña Petra Ávila, se convirtió en un delincuente que andaba a salto de mata para tratar de conservar su vida.

El día 12 de febrero de 1869, empezó a ser ferozmente perseguido por los liberales, y después de tres días de una carrera constante, llegó al Monte de San Sebastián; agotado, se recostó a descansar un rato y al quedarse dormido, fue asesinado por dos de sus asistentes que le clavaron dos lanzas crucificándolo en el suelo. Era el día 15 de febrero de 1869, entre las 22 y 23 horas. Así murió Juan Chávez, a la edad de 38 años.

Cuenta la leyenda de Juan Chávez fue uno de los más famosos bandidos que ha tenido el Estado de Aguascalientes, que en contraposición a “Chucho el Roto” que robaba para los pobres, Juan Chávez robaba para los ricos, los conservadores de la región que estaban contra los liberales. Así comenzó a convertirse en ratero Juan Chávez.

Los liberales le temían por desalmado. Sin ver ni pelo ni color los despojaba de sus pertenencias y con el pretexto de que “era para la causa” de los conservadores, comenzó a amasar una fortuna, la que no repartía con sus secuaces, sino que la iba acumulando. Sus “achichincles” le ayudaban a extorsionar a sus víctimas; reunían los valores y los entregaban al jefe, quien sin que se supiera cómo, ni donde, los escondía.

Juan Chávez y sus ayudantes se volvieron una amenaza, no sólo para

la capital, sino para todo el Estado; si alguien decía en broma “Ahí viene Juan Chávez”, la gente corría como ratones a esconderse hasta debajo de la cama. Cuantas veces dice una de las fábulas que estando en una reunión, las mujeres hasta se tragaban las alhajas cuando se decía que iba a entrar “esta amenaza”.

Pero así, también había en Aguascalientes hombres “bragados”, que pistola en mano, seguían a Juan Chávez y su palomilla para tratar de matarlos. Pero éstos, ni tardados ni perezosos, se metían a los túneles donde se hacían “ojos de hormiga”.

Dice la historia que a Aguascalientes se le llama “La Ciudad Hueca”, porque hace muchos años, nuestros indígenas hicieron un enorme túnel con muchas ramificaciones, -se sabe que desde el templo de San Diego hasta el templo de San Marcos, tocando otros lados; los túneles iban a dar a otras iglesias, como la de Guadalupe, el Encino, la Purísima y otras- para defenderse de los Apaches y Comanches que venían del norte del país a robarse a sus mujeres. Ahí las escondían y por diferentes lados salían a contraatacar a sus enemigos. Es por eso, que muchas casas en la capital del Estado se hundían y nadie sabía el motivo, pero... ahora se los estamos contando.

Pues bien, como hemos dicho, en ese túnel se escondía Juan Chávez y sus ayudantes. Cuando pasaba el peligro, salían por otro lado burlando así a sus perseguidores que no conocían los secretos subterráneos. Así robaba Juan Chávez. Por la noche se desaparecía de sus compañeros, y nadie sabía el lugar en donde escondía el tesoro el “capo”, audaz, inteligente y socarrón bandido. La única que sabía del escondite en el Cerro de los Gallos, era su mujer, doña Petra Ávila.

Cuentan que, en una ocasión, un conocido de Juan Chávez lo fue siguiendo sin que se diera cuenta. Era un hombre “muy de a caballo”, que se llamaba Liborio Estevanés y sabía que este “amigo de lo ajeno” había logrado reunir una gran fortuna que tenía

enterrada y solo él sabía el sitio de su escondite. Desde lejos lo fue siguiendo y una vez que se había adentrado al corazón del cerro, le dijo a su yegua “La Concha”, “Ora si Conchita, no haga ruido que vamos a robar a este bandido. Ladrón que roba a Ladrón...”

Juan Chávez, sintió temblar la tierra; como descuidado volteó de reojo y sin bajarse de su caballo “El Garante”, comenzó a seguir a Liborio. Fue una emocionante carrera, a sus cabalgaduras nomás les volaban las crines y así “jadeantes”, hombres y caballos llegaron hasta la plaza de armas. “La Concha”, reventó y Liborio se sacó tal paliza, que por mucho tiempo dejó de caminar... Y el tesoro escondido en el Cerro de los Gallos se siguió acumulando por otro tiempo.

En una ocasión Juan Chávez les dijo a sus asistentes que el día que se decidieran a dejar de robar, ese día haría repartición del tesoro... pero ese día, nunca llegó. No solamente el pueblo de Aguascalientes le temía a ese ladrón; sus mismos compañeros no le tenían confianza y después de la última hazaña y por burlarse de sus ayudantes, éstos en venganza lo “al filetearon” con sus dagas dándole muerte.

Cuentan que sus asistentes después de que lo mataron, se dirigieron al Cerro de los Gallos, lo recorrieron de punta a punta, centímetro a centímetro y nunca dieron con el escondite de Juan Chávez. Su propia mujer, acompañada de otros parientes hicieron lo mismo, renegando de él, por no haberles dicho el secreto, pero tampoco encontraron el fabuloso tesoro que Juan Chávez había acumulado.

Han pasado ciento veinte años y aun no se ha encontrado el escondite en donde el más famoso ladrón de Aguascalientes guardó el producto de lo que les extrajo a los liberales, a políticos y hasta conservadores de la región, en su afán de ser el hombre más rico del Estado convirtiéndose en el más poderoso del cementerio.

También cuenta la Leyenda que él, Juan Chávez, en el fondo tenía algo de “Señor”, de la sangre de su padre, y protegió a un medio hermano, Rumualdo Dávalos, al que auxilió con mucho dinero para que pusiera “La Primavera”, una casa de juego, la que tenía palenque, ruleta, gallos, albures, etcétera, en una enorme casa enfrente del Jardín de San Marcos (en donde estuvo el Colegio Portugal). Casa que después fue de la familia De la Peña y más tarde de los Otálora.

En esto se fue algo de la fortuna de Juan Chávez, pero la mayoría sigue enterrada en el Cerro de los Gallos, aunque mucha gente se atreve a decir, que esto le dijo a su señora, pero como las mujeres son tan indiscretas, seguramente el tesoro está en alguno de los túneles que pasan por debajo de la Ciudad, y a ella le dijo que en el Cerro de los Gallos para despistarla. Lo cierto es que muchas personas a quienes no les gusta trabajar siguen buscando el tesoro de Juan Chávez que robaba al pueblo, y mantienen viva la conseja (Appendini, 1999, p.p.11-14).

En otras narraciones Chávez aparece como personaje secundario, pero con un rol importante, por ejemplo, la leyenda sobre “La China Hilaria”. Esta leyenda es muy importante para advertir como la figura de Chávez se va cargando de rasgos fantásticos a partir de sucesos reales, por ejemplo, en esta leyenda podemos saber de la fecha de muerte de Chávez y del poder que le daba su carácter pendenciero tanto a él como a sus compañeros de bandolerismo; esta fama adquirida en los años sesenta del siglo XIX, le permitió iniciar su gestación como un héroe de leyenda.

En la leyenda de la China Hilaria, la cual en realidad refiere más a Pantaleón, ayudante y compañero de Chávez, encontramos un elemento distinto que nos había manifestado en otras narraciones en donde aunada a la existencia de la riqueza de Chávez escondidas en una cueva, se menciona “una voz” misteriosa que indica a quien logra penetrar en el interior del escondite, que se lleve todo

el tesoro o que no se lleve nada porque si no, jamás podrá salir de la cueva.

En la China Hilaria se descubre la identidad del dueño de esa misteriosa voz quien es ni más ni menos que el diablo, pauta que nos permite encontrar otro elemento característico de la figura legendaria de Chávez agregado en el proceso de construcción de la tradición oral sobre Chávez, este elemento vincula a nuestro personaje con el mal y las malas acciones pero al mismo tiempo lo exime de culpas porque es el diablo y no Chávez, quien retiene a los que se aventuran a la búsqueda de los tesoros, por lo tanto, el héroe legendario deja de ser victimario una vez que ha muerto. A continuación, presentamos la versión escrita por Guadalupe Appendini y publicada en su libro *Leyendas de Provincia*:

La China Hilaria

Dicen, que pueblo chico infierno grande, y por Aguascalientes en la época en que era “muy chico”, corrían los chismes, convirtiéndose en un “verdadero infierno”, pues lo que sucedía en un extremo se regaba como pólvora y en tanto que se los cuento, todo el pueblo conocía la hablilla. Por lo que se ganó el mote de “Lenguascalientes”. Y así una historia se iba formando según se platicaba, gracias al ingenio, maledicencia y fantasía del cuentista, por lo que había varias versiones de una misma leyenda.

Así paso con la famosa China Hilaria, una mujer muy castiza que vivía en el Barrio de Triana (Del Encino) por los años de 1860 y por ser coqueta y “entrona”, se corrieron varias interpretaciones sobre su persona. Se cuenta que en el Barrio de Triana existió una pulquería muy famosa, allá como a mediados del siglo pasado y la que duró muchos años.

Se llamaba “Pulquería de las Chinas...” Era atendida por tres hermanas, Andrea, Micaela e Hilaria las que a más de hermosas eran mujeres de “pelo en pecho”, no se dejaban de nadie y como la Adelita, “hasta el mismo coronel las respetaba”, pues el famoso bandido

Juan Chávez -al que hicieron coronel los conservadores- les guardaba sus frijolitos al grado que callaba a sus asistentes cuando decían alguna mala palabra frente a las chinas, quienes lucían hermosas cabelleras rizadas.

Contaba Don José Ramírez Palos que la pulquería -ubicada en el corazón del barrio- era muy frecuentada, no solamente por los trianeros, sino también por muchos otros parroquianos del pueblo “pero los clientes más asiduos, eran los veteranos de las guerras de Reforma e Intervención, que, en muy amigable camaradería, se contaban sus hazañas bajo los frescos emparrados que sombreaban el patio de la pulquería, y así, sin rencores, rememoraban hechos y contaban sabrosísimas anécdotas”.

La “Pulquería de las Chinas” era frecuentada, como muchas otras, por el famoso bandido Juan Chávez, el terror de Aguascalientes, así como por sus ayudantes los capitanes: “Bueyes Pintos”, “El Chato Góngora” y Pantaleón “El Cuate”, los que varios escándalos cometieron en esa “emborrachaduría”, solapados por las tres hermanas, que, según las malas lenguas, también fueron sus mujeres.

Ellas -dice Ramírez Palos- estaban perfectamente identificadas con sus “hombres”, los emulaban admirablemente, pues cuando ellos andaban en sus correrías, ellas no desperdiciaban ocasión para desvalijar a los transeúntes que se aventuraban por los lugares donde tenían establecido su hato. Para llevar a cabo con seguro éxito sus atracos, las chinas se vestían de hombre y después de haber amarrado a sus víctimas, para mejor robarlas, se robaban, se cambiaban de indumentaria, vistiendo sus elegantes trajes femeninos. Estaban acostumbradas a las más duras faenas, a las labores propias de los hombres, pero al vestirse de mujeres, eran verdaderas y afectuosas damas.

Dice la leyenda que en la mañana del sábado de gloria del año de 1892, después de que las chinas acompañadas de sus guitarras cantaban las mañanitas al “abrirse la gloria”, como era costumbre,

reunían a un grupo de sus amigos “los asiduos asistentes” a la pulquería y les obsequiaban las “catrinas” de la casa, mientras ellos referían el relato de sus hazañas.

Al calor de los pulques, las historias eran cada vez más interesantes. “El maestro Braulio”, que había militado durante la guerra del 47 a las órdenes del general Miñón y en la de Reforma, en las filas conservadoras, las del aguerrido Miramón; contaba como las mujeres de Aguascalientes dieron pruebas de un altísimo patriotismo, negándose a prestar sus servicios al odiado invasor y muchas veces matando a los soldados gringos que se aventuraban a internarse por las tortuosas callejas de nuestro barrio.

Anacleto, también contó sus aventuras ante la admiración de los invitados al jolgorio, los que se mostraban atentos al escuchar tales hazañas. Por allá en un rincón se encontraba Blas, el que “chupando”, observaba a los relatores. Era un hombre de no malos bigotes, que tenía dos personalidades bien definidas. En su juicio era muy serio, hasta hosco y de pocas palabras. Pero, con copas encima, era agradable, gran cuentero, quien tenía mucha sal para aderezar sus historias, así como sus “chistes”. En una libreta que llamaba “chistera”, anotaba sus cuentos y podía estar horas y horas deleitando a la concurrencia con sus simpáticas chanzas.

Después de pedir permiso a Hilaria, la que fuera mujer de Pantaleón “El Cuate”, y tener la venia de la China Hilaria para relatar la historia, dijo:

-Como todos ustedes saben, mi amigo Pantaleón fue uno de los ayudantes del coronel Juan Chávez y por lo mismo estaba acostumbrado a “rebalsar de lo lindo y gastar hasta alazanas, para darle gusto a su preciosa, la China Hilaria, que portaba los más finos rebozos que se vendían en la Feria de San Juan y que con mucha gracia lucía en las fiestas de San Marcos, donde era la envidia de las meras catrinas por sus bellos zagalejos de legítimo castor cubiertos de lentejuela de oro, sus ricos hilos de

coral que valían hartos de dinero y más que por sus galas, por el donaire con que las llevaba y la hermosa de los veinte años”. Y continuó hablando Blas: Cuando mataron al coronel Juan Chávez -15 de febrero de 1869- Pantaleón se “agorzó mucho, porque comprendió que ya no podía darse la vida a que estaba acostumbrado; y sólo el pensar que tendría que trabajar, lo ponía muy triste y además se le hacía muy cuesta arriba pensar que su buena moza, ora la China, ya no podría portar sus buenos rebozos de bolita ni sus franelas de castor; y más que todo esto, le atormentaba la idea de que ya no podría garbear en fandangos y cantinas como en sus buenos tiempos, cuando cerraba el lugar y obsequiaba, con su dinero, a los clientes”.

Al pensar en trabajar, a Pantaleón se le enchinaba el cuerpo, pero ya era imposible seguir su vida de aventurero y asaltador de caminos, pues ya su jefe se había “quebrado”. Como todos sus ayudantes y su propia viuda, sabían que Juan Chávez había ocultado su tesoro en una cueva del Cerro de los Gallos. El “Cuate” Pantaleón que conocía este lugar palmo a palmo decidió buscar la fortuna que había acumulado Juan Chávez, durante sus asaltos, ya que a él también le pertenecía por haber sido uno de sus “compinches”.

Pantaleón salió de madrugada rumbo al Cerro de los Gallos, volteaba para todos lados para estar seguro que nadie lo seguía y así casi corriendo llegó a la falda del cerro. Mirando al suelo recorrió todas las cuevas, los vericuetos del lugar y hasta movía los árboles para ver si encontraba el tesoro de Juan Chávez, pero nada. “Muerto” de cansancio, casi al anochecer se sentó en una piedra para descansar y sin saber cómo se quedó dormido.

Estando en el más profundo sueño, “el cuate”, escuchó una voz que salía de las cuevas, era tan de ultratumba que se despabiló y paro la oreja. Aquella voz claramente le decía que el famoso tesoro de Juan Chávez no existía, que era inútil que lo buscara, pero que él podía hacerlo

inmensamente rico para poder seguir su vida de desorden y derroche. A cambio solo le pedía que le diera trabajo todos los días por aburrirse mucho, y que el día que no pudiera hacerlo, tenía que entregarle su alma.

En aquel momento Pantaleón comprendió que el que le ofrecía el trato, no era más que el demonio. Se quedó pensando unos minutos, sabía que, de no aceptar, se moriría de hambre por no saber trabajar y sobre todo, perdería a la China Hilaria, la que pobre, no lo seguiría. Y por eso, aceptó el pacto con el diablo.

En un charco de agua Pantaleón se mojó la cara, así como el cabello y brincando bajo del cerro se encontró que los bolsillos los tenía repletos de oro lo que le dio una gran satisfacción. Llegó a su casa y le dijo a su mujer que era muy rico, que había encontrado el tesoro de Juan Chávez, el que tanto habían buscado... que su porvenir estaba asegurado.

Hilaria no estaba muy convencida, pero como era ambiciosa, se sintió de ser feliz una potentada. Habló con sus hermanas de cerrar la pulquería y dedicarse a pasear, lo que no aceptaron por ser para ellas la pulquería una diversión.

Estando Pantaleón desayunando, le dijo la sirvienta que lo buscaba un señor, al recibirlo, se dio cuenta que iba Satanás por el trabajo que le había ofrecido. Pantaleón, sin inmutarse, le dijo que deseaba le comprara una hacienda cerca de la cantera en donde toda la vida había tenido la ilusión de tener una propiedad. Por la tarde, se presentó aquel hombre con los documentos para que Pantaleón firmara el recibo que lo acreditaba como dueño de esa propiedad.

Y así todos los días por la mañana se presentaba aquel agente de negocios para recibir las instrucciones de Pantaleón el que, ya no sabía qué hacer. Le pidió que hiciera un acotamiento en toda su propiedad lo que pensó llevaría mucho tiempo, pero, al día siguiente, estaba terminado. Le pidió sembrara flores. Después, sembrar varias huertas

de guayaba, durazno, etc. Mas tarde le pidió construir grandes presas, que hiciera canales de irrigación. Y así inventaba cada día cosas lógicas y hasta absurdas, pero todo le concedía; en el acto el menor de sus deseos era cumplidos por el demonio que deseaba llevarse su alma.

El pobre -rico- Pantaleón se veía triste, aquel hombre simpático y dicharachero se había convertido en taciturno, callado, su cara empezó a palidecer y hasta el pelo se le caía a manojos nada le causaba encanto ni atractivo y hasta se le quitó el hambre. A la China Hilaria, que lo conocía tanto “como si lo acabara de desensillar” le preocupó el triste estado de su marido, al que veía acabado.

Una noche vio inquieto a Pantaleón, y aquel hombre tan valiente, “muy matón y de a caballo”, acabó llorando como un niño. Zarandeándolo, lo obligo que le dijera que era lo que pasaba y el cuate le dijo que lo del tesoro de Juan Chávez era mentira, le contó el pacto que había hecho con el diablo, lo que lo tenía temblando de miedo y amarillo como limón pasado.

La China lo escuchó con todo detenimiento y cuando terminó ella soltó una sonora carcajada que se escuchó hasta la esquina de su casa. -¿Porque no te confiaste de mí y me platicaste antes el trato que hiciste con el demonio? Duérmete, le dijo, desde mañana yo me encargare de darle trabajo a ese indecente. Trabaja toda su vida o nos dejara en paz para siempre.

Pensando Pantaleón que su mujer se había vuelto loca, no pego los ojos en toda la noche furioso de ver a Hilaria dormida como un tronco seguramente le había comprendido su problema. A la mañana siguiente llegó el “hombre” a la casa de Pantaleón. La china lo recibió diciendo que su marido estaba enfermo y que ella se encargaría de el trabajo por el que iba que la esperara un momento.

Entro Hilaria a su pieza, saco del buró unas tijeras y se cortó un largo chino de su cabello, y con él en su mano le dijo al diablo: “Dice mi marido que mientras el

se alivia y le puede ordenar lo que desea, desenrede este cabello, hasta que quede completamente liso”.

El diablo tomo el cabello pensando que Pantaleón había perdido el juicio. “Dígale que dentro de un rato estaré de regreso”. Riéndose se fue el diablo y riéndose se quedó Hilaria. En la esquina Satanás comenzó a tratar de convertir en un alambre el enortijado pelo, pero fue inútil; duro varias horas y no pudo. Regreso a la casa para decirle a la señora que regresaría al día siguiente, con el pelo desenrollado.

Pasaron varios días y el hombre aquel no regresaba. Pantaleón se sentía más tranquilo, pero al pensar que el día menos pensado se presentaría nuevamente a pedir trabajo, le entraba un gran desasosiego que lo hacía temblar.

Después de varios años, un día se encontraban Pantaleón y la China en la Hacienda, sentados con los pies dentro del arroyo, cuando vieron al diablo sentado en una piedra tratando de desenrollar el pelo. De pronto les grito: “¡ Ya mero termino... ¡”. Pero la China mostrándole su enorme cabellera contesto: “Dese prisa, que todavía le faltan muchos mechones que desenchinar”.

Al ver Satanás la espesa y larga cabellera de Hilaria, aventó el chino que le había dado la esposa de Pantaleón, gritándoles: “¡Me doy por vencido, aquí se acabó nuestro trato!”. Pantaleón y la China se abrazaron bailando de gusto, eran ricos y se habían quitado al diablo de encima.

Pero como no estaban acostumbrados a trabajar, poco a poco se quedaron en la inopia. Pantaleón se murió y la China continuo con su pulquería. Pero al conocer la historia los trianeros, y saber la audacia de la mujer, cuando alguien se pasa de listo le dicen: “Este parece hijo de la China Hilaria”.

La China Hilaria se puso en jarras y le dijo a Blas: “Te deje contar mi historia, pero no para que me ‘choties’. Paga tus copas y lárgate de la pulquería”. La leyenda se ha difundido oralmente, y

aquí quedo escrita. Muchas gentes la conocen. Y la frase “Hijo de la China Hilaria”, es aún más conocida, sin saber de dónde proviene, aunque es de suponerse que se da por hecho que un hijo de aquella sagaz mujer ha de ser enredoso y trapacero y como ella misma, capaz de engañar al mismo diablo (Appendini, 1999, p.p. 39-43).

Hemos visto a través de una revisión de los testimonios la manera en que la figura de Juan Chávez se fue acrecentado gracias a la fantasía popular, arraigándose en la tradición oral lo cual le valió la vigencia que mantiene hoy día como un héroe popular de Aguascalientes, prueba de ello es su presencia como parte del lenguaje popular del estado. Cuando Chávez asaltaba, pedía el dinero prestado, pero nunca lo pagaba, por eso en la actualidad se dice que cuando uno pide dinero prestado y no paga “son los préstamos de Juan Chávez, o sea que no pagaba” (Dávalos, comunicación personal, 10 agosto de 1998). Ese lenguaje popular entendido como uno de los elementos ideológicos de un pueblo, ha hecho que la figura de Juan Chávez sea parte de la cultura popular de los aguascalentenses.

A manera de consumación

En la medida en que un grupo social vuelve la cara a sus tradiciones orales y les confiere tanta importancia como a sus tradiciones escritas, se va conociendo a sí mismo y, por ende, avanza en la comprensión de sus necesidades y expectativas sociales y culturales.

Se puede considerar que la pervivencia de la tradición oral sobre la leyenda de Juan Chávez, del bandolero de Aguascalientes, sobre sus tesoros escondidos y acciones en pro de los necesitados “hablan” de la importancia que aún guarda la tradición oral en una sociedad del siglo XXI, esto nos lleva también a subrayar el relieve de tal rasgo en la configuración cultural de la sociedad aguascalentense la cual es una sociedad que se precia con razón de ser una de las modernas del país al mismo tiempo que resguarda con celo el valor de sus tradiciones.

El patrimonio cultural de una sociedad no sólo tiene que ver con el desarrollo socioeconómico o político, también con el patrimonio cultural, la historia e identidad. El tesoro de una sociedad también se mide en el aprecio que la gente tiene de sus tradiciones, apreciación que se demuestra con las leyendas de Juan Chávez que sigue siendo la que más conocida y la que más se trasmite en Aguascalientes.

Por último, consideramos que, si el presente texto despierta el interés como para invitar a explorar nuevas lecturas sobre temas relacionados con la mitología, las leyendas o cualquier otro tipo de narrativa popular y de tradición oral, habremos cumplido con el vital objetivo de un escritor: trazar un camino para que otros lo continúen.

Referencias bibliográficas:

- Appendini, Guadalupe. (1999). *Leyendas de Provincia*. México, Porrúa. 2ª edición. Sepan Cuantos Núm. 661.
- Correa, Eduardo J. (1992). *Un viaje a Termápolis*. Aguascalientes. 1ª edición 1937. Instituto Cultural de Aguascalientes. 2ª edición.
- Gómez Serrano, Jesús. (2000). *Haciendas y ranchos de Aguascalientes. Estudio regional sobre la tenencia de la tierra y el desarrollo agrícola en el siglo XIX*. México, Universidad Autónoma de Aguascalientes – Fomento Cultural Banamex. A.C.
- González, Agustín R. (1992). *Historia del Estado de Aguascalientes*. 1ª Edición 1881, México, Instituto Cultural de Aguascalientes – Gobierno del Estado de Aguascalientes, 4ª Edición.
- Hobsbawm, Eric. (2001). *Bandidos*. Barcelona. España. Editorial Crítica.
- Hobsbawm, Eric. (1983). *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona. España. Editorial Ariel.

Medrano de Luna, Gabriel. (2012). *Juan Chávez. Una leyenda Viva de Aguascalientes*. Aguascalientes, México, Universidad Autónoma de Aguascalientes. Primera reimpresión.

Rojas, Beatriz, Gómez Serrano, Jesús. Et. al. (1994). *Breve historia de Aguascalientes*, México. El colegio de México. FCE.

Hemerografía

- Archivalia: Juan Chávez*, Año I # 2, Octubre 1994, Publicación Bimestral del Archivo Histórico, Gobierno del estado de Aguascalientes.
- “Aries”, Año XVI, Núm. 193, Mayo de 1993, p. 18.
- El Porvenir, Periódico oficial del Gobierno del Estado*, Tomo 1, Número 2, Aguascalientes, 11 de marzo de 1860.
- El Porvenir, Periódico oficial del Gobierno del Estado*, Tomo 1, Número 6, Aguascalientes, 29 de abril de 1860.
- El Porvenir, Periódico semi-oficial del Gobierno del Estado*, Tomo II, Número 41, Aguascalientes, octubre 24 de 1861.
- El Porvenir, Periódico semi-oficial del Gobierno del Estado*, Tomo II, Número 43, Aguascalientes, octubre 31 de 1861.
- El Porvenir, Periódico oficial del Gobierno del Estado*, Tomo II, Número 71, Aguascalientes, febrero 6 de 1862.
- La Revista, Periódico oficial del Gobierno del Estado*, Tomo I, Número 26, Aguascalientes, abril 16 de 1863.
- La Revista, Periódico oficial del Gobierno del Estado*, Tomo I, Número 88, Aguascalientes, noviembre 19 de 1863.
- El Sol del Centro*, Aguascalientes, Ags., sábado 15 de febrero de 1969.
- Ribes Iborra, Vicente, “El bandolerismo en el centro de México durante la Reforma”, en: *Quinto Centenario, Revista Complutense de Historia*

de América, Volumen 7, 1984,
Universidad Complutense de Madrid,
pp. 141-160.

Vanderwood, Paul J., “El Bandidaje en el
siglo XIX: una forma de subsistir”,
Revista Historia Mexicana, México,
El Colegio de México, Vol. 34, No.
1, Julio - Septiembre 1984.

Vanderwood, Paul J., “Los bandidos de
Manuel Payno”, Revista Historia
Mexicana, México, El Colegio
de México, Vol. 44, No. 1, Julio -
Septiembre 1994.

Direcciones electrónicas

[http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/
a18_1/apache_media/3Y7576R231
G49DP6F3RGVUADN3BRXS.pdf](http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/3Y7576R231G49DP6F3RGVUADN3BRXS.pdf)

[http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/
a18_1/apache_media/22E9LI5E5M
RJ1Y5YNEEV67XFPJI.pdf](http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/22E9LI5E5MRJ1Y5YNEEV67XFPJI.pdf)

[http://revistas.ucm.es/index.php/QUCE/
article/view/QUCE8484110141A](http://revistas.ucm.es/index.php/QUCE/article/view/QUCE8484110141A)

Entrevistas

Dávalos Romo, Samuel, 10 de agosto de 1998
en Aguascalientes, Ags.